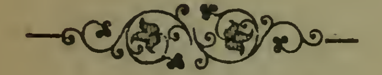
JULIAN DEL CASAL.

NIEVE

BOCETOS ANTIGUOS—MI MUSEO IDEAL
CROMOS ESPAÑOLES
MARFILES VIEJOS—LA GRUTA DEL ENSUEÑO



MÉXICO.

EDICION DE "EL INTRANSIGENTE."

1893.

INTRODUCCIÓN.

Como en noche de invierno, junto al tronco
Vacilante del arbol amarillo,
Silencioso el clarín del viento ronco
Y de la luna al funerario brillo,
Desciende del brumoso firmamento
En copos blancos de irisada nieve,
Pirámides formando en un momento
Que ante el disco del sol y al soplo leve
Del aire matinal, va derretida
A perderse en las ondas de los mares;
Así en la noche obscura de la vida,
Acallada la voz de mis pesares
Y al fulgor de mi estrella solitaria,
Estas frías estrofas descendieron
De mi lóbrega mente visionaria,

Al pié de mi existencia se fundieron,
Llegaron en volúmen á formarse
Y hoy que á la vida efímera han salido,
Unidas volarán á dispersarse
En las amargas ondas del olvido.

BOCETOS ANTIGUOS

2

LAS OCEÁNIDAS

A Enrique José Varona.

I

Noche de primavera. Solitario,
Como rosa amarilla en manto negro,
Destácase ya el disco de la luna
En la negrura azúl del firmamento,
Y hasta la tierra, en dilatados haces,
Envía sus purísimos reflejos
Que flotan en la atmósfera ambarina,
Esplendiendo en los montes gigantescos,
Erguidos en las áridas estepas,
Y á cuyas faldas, con fragor horrendo,
Quiebra la mar sus ondas espumantes
O arroja de los náufragos los restos.
Hosco el semblante, torba la mirada,
Abierta la naríz, alzado el pecho,

Flacias las piernas, rígidos los brazos,
Encadenados los robustos miembros
Por manos de potencias infernales,
En lo más alto de peñón escueto
Donde solo lá espuma llegar puede,
Tendido está el doliente Prometeo
Y sobre él, con las alas entreabiertas,
Desciende airado el buitre carnicero
Nacido un día de Tifón y Echydna
Y enviado por Arbitro Supremo
Para hacerle expiar eternamente,
Con el dolor de bárbaro tormento,
La grave culpa de robar osado
Sagrada chispa del celeste fuego.

II

Mientras le roe el buitre las entrañas
Y la sangre se escapa de su cuerpo
Como un hilo de agua enrojecida
Que, por las grietas del peñasco negro,
Baja á perderse al piélago marino,
Todo yace tranquilo entre el silencio
Augusto de la noche perfumada
Por los soplos armónicos del viento
Que trae de los bosques comarcanos
El olor resinoso del abeto,
Mezclado al de las rojas azaleas
Que engendran la locura en el cerebro
Del pájaro que llega fatigado
Miel á libar en sus pistilos negros.

Turbando la quiet ud de los espacios,

De la luna á los fúlgidos destellos,
Como de un cofre azúl joyas brillantes,
Surgen de pronto del marino seno
Ejércitos de oceánidas hermosas
De garzos ojos y rosados cuerpos
Que, con ramos de algas en las manos
Y perlas en los húmedos cabellos
Color de oro verdoso, quieren todas
Subir á consolar á Prometeo
Hasta el alto peñón, donde el heróico
Titán por levantarse hizo un esfuerzo;
Y al mirarlas, después de oír sus cantos,
Así les dijo con viril acento.

III

—¡Oh ninfas de la mar! No hagais que acate
De Zeus el cobarde poderío:
Aunque mata el dolor, jamás abate
Espíritus rebeldes como el mío.

Dejadme saborear el goce amargo
De provocar sus cóleras supremas,
Y mientras dure mi tormento largo
Escupirle á la faz mis anatemas

Aunque mi cuerpo para siempre exista
Encadenado al pico de esta roca,
Jamás el llanto empañará mi vista
Ni brotará un gemido de mi boca.

El martirio, si el pecho me tortura,

No mi viril espíritu consterna;
Mientras la tempestad ruje en la altura
Más fiero es el león en su caverna.

Si nunca mi dolor piedad reclama
Ni mi existencia resistente troncha,
De él surgirá mi indestructible fama
Como surge la perla de la concha.

Rebelde quiero ser eternamente
Antes de resignarme á mi tristeza,
Que es la resignación fácil pendiente
Por donde llega el alma á la vileza.

Hoy que estriba en sufrir mi único orgullo
Ante la faz del impasible cielo,
No os acerqueis, con amoroso arrullo,
A brindarme la afrenta del consuelo.

Tornad á vuestros lechos cristalinos
Porque ya unidos, en sagrados coros,
Ansían inmolaros los marinos
La roja sangre de los negros toros.

IV

Calló el titán. Las pálidas estrellas
Irradiaban sus últimos reflejos
En el ambiente de color grís perla,
Y, al brillar en el ancho firmamento
La rósea claridad de la mañana,
Bajaron las oceánidas gimiendo

Al seno azul del piélago salobre,
Mientras seguía el buitre carnicero,
Con luengas uñas y afilado pico,
Torturando al vencido Prometeo.

BAJO-RELIEVE

A Vivino Govantes y Govantes.

El joven gladiador, yace en la arena
Manchada por la sangre purpurina
Que arroja sin cesar la rota vena
De su robusto brazo. Entre neblina
Azafranada luce su armadura
Como si el sol, dejando sus regiones,
Bajado hubiera al redondel. Obscura
La fosa está en que rugen los leones
Olfateando la carne. Aglomerada
Buye en torno impaciente muchedumbre
Que tiende hácia el mancebo la mirada,
Y, de las gradas en la erguida cumbre
Abierto el abanico entre las manos,
Ostentan su hermosura las patricias
A los ojos de amantes cortesanos
Avidos de gozar de sus caricias.

Sacudiendo el cansancio del vencido
—¡Arriba, gladiador, una voz grita,
Que para ornar tus sienes han crecido
Los laureles del Arno!—Necesita
El pueblo, otra voz clama, que al combate
Tornes de nuevo y venzas al contrario!
—¡Lidia y triunfa que, á más de tu rescate,
Dice el edil, cual don extraordinario,
Pondremos en tus manos un tesoro
De sextercios!—Si vences todavía,
En mi litera azúl, bordada do oro,
Juntos iremos por la Sacra Vía,
Murmura una hetaíra—Y en mi lecho
Perfumado de mirra, al punto exclama
Otra más bella, encima de tu pecho
Extinguiré de mi pasión la llama
Que en lo interior del alma siento ahora,
Y, aprisionado por ardientes lazos,
Cuando aparezca la rosada aurora
Ebrio de amor te encontrará en mis brazos!

Al escuchar las voces agitadas,
Levanta el gladiador la mústia frente,
Fija en la muchedumbre sus miradas,
Muéstrale una sonrisa indiferente
Y, desdeñando los placeres vanos
Que ofrecen á su alma entristecida,
Sepulta la cabeza entre las manos
Viendo correr la sangre de su herida.

———o———

LA MUERTE DE MOÍSES.

LEYENDA TALMÚDICA.

A la Sra. Aurelia Castillo de González.

I

Ancha línea de púrpura frangeaba
El azúl horizonte, donde el astro
Dorado de la tarde se ocultaba,
Y el cielo blanquecino semejaba
Un ánfora volcada de alabastro.

Flotaban en el aire los aromas
De lentiscos, nopales y palmeras
Crecidos de la mar en las riberas,
Y amorosas bandadas de palomas
Volaban á posarse en las higueras.

Las copas de los verdes sicomoros
Mecidas por los vientos del desierto,
Mezclaban su rumor á los sonoros

Mugidos prolongados de los toros
Huyendo de la márgen del Mar Muerto.

Buitres voraces de potentes garras
Cerníanse en las fértiles campiñas,
Y se oía la voz de las cigarras
Cantar entre los troncos de las parras
Que florecían de Engadí en las viñas.

Del poniente á los últimos destellos,
Con el beduino sobre el alto lomo,
Cruzaban las legiones de camellos
Llevando en cofres de bruñido plomo
Aloe y mirra, incienso y cinamomo.

Descendía la noche en el camino
Y extinta ya la vespertina lumbre,
Agoviado de inmensa pesadumbre
Vióse subir á un viejo peregrino
Del Moriah negro la arenisca cumbre.

Era el legislador del pueblo hebreo
Que, dejando su choza solitaria,
Donde llegó su fuerza al apogeo,
Iba en alas de férvida plegaria
A enviar á Dios el postrimer deseo.

Vestido con su túnica de pieles,
De pieles negras de salvajes cabras,
Como blandos susurros de laureles
Y teniendo las nubes de escabeles,
Elevó hacia el Eterno sus palabras.

II

—Puesto que ya mi cuerpo se doblega
Como el tronco del cedro centenario,
Y á la inacción mi espíritu se entrega
Avido del reposo necesario;
Puesto que ya se consumó la obra
Que tu exelsa bondad me confiara,
Sin que el tedio, el cansancio ó la zozobra
Lograsen que en mi empresa vacilara;
Puesto que solo han de encontrar mis ojos
Del mundo entero en la extensión inmensa,
Debajo de mis piés, rudos abrojos,
Encima de mi frente, sombra densa;
Puesto que ya los míos no me extrañan,
Apagado el fulgor de mi grandeza,
Y solo en mi retiro me aconpañan
La ancianidad, el tedio y la pobreza;
Deja que entre los brazos de la muerte
Vaya á encontrar mi espíritu cansado
La paz que ansía el corazón del fuerte
Después que en los combates ha triunfado.

¿De qué puedo servir á los humanos
Si el cansancio mi espíritu aniquila,
Y la fuerza se escapa de mis manos
Y hasta la sombra anubla mi pupila?
¿No miras como el tiempo sus estragos
Va dejando en los surcos de mi frente,
En las miradas de mis ojos vagos,
En las negras visiones de mi mente,
En la aspereza de mi barba blanca,

En la sonrisa amarga de mi boca
Y hasta en la voz que de mi ser arranca
La aspiración mortal que me sofoca?

Apiádate, señor, del pobre siervo
Que siempre te rindió filial tributo,
Y la vil postración en que me enervo
Trueca en el sueño redentor del bruto.

III

Cuando expiró de su dolor el grito,
Como sombría estátua de granito
Quedó Moisés en la montaña inerte,
Esperando que el Angel de la Muerte
Su espíritu llevara á lo infinito.

Llegó á la tierra el lóbrego emisario,
Mas al tocar del monte en la pendiente
Huyó aterrado al ver que el solitario
Mostraba fijo en la anchurosa frente
El haz de luces de la zarza ardiente.

Sintiendo que volaban los momentos
Y que á las densas nubes enlutadas
Subían á perderse sus lamentos,
Como rumores de olas encrespadas
Moisés elevó á Dios estos acentos:

IV

—Ya que solo escucharon las querellas
Lanzadas por mis íntimos pesares

En el cielo azulado, las estrellas,
Y en los bosques frondosos, los palmares;
Ya que siempre á tu vista le fué grata
Del sufrimiento humano la mancilla,
Que desoyes la voz del que te acata,
Que desdeñas la voz del que se humilla,
Que el dolor nos pusiste por mordaza,
Que con el tedio los esfuerzos premias,
Oirás solo la voz de mi amenaza
Y en vez de mis plegarias mis blasfemias.

¿Por qué en la soledad hoy me abandonas
Tras de haberte mi vida consagrado,
Y de la tierra en las opuestas zonas
Tu gloria formidable proclamado?
¿Por qué ya á consolarme nunca vienes
Y me abrevas de angustias infinitas?
¿Por qué nos colmas de divinos bienes
Y luego en un instante nos los quitas?
¿Por qué no fué mi obra comprendida?
¿Por qué no pude realizar los sueños
De internarme en la tierra prometida?
¿Por qué me hiciste grande entre pequeños?

Mas si insensible á mi dolor te muestras
Y en desoir mis súplicas te obstinas,
Armado de mis cóleras siniestras
Tu gloria dejaré trocada en ruinas.
De la gloria encendida de mi genio
Guiado por los rayos siderales,
Lo que hoy sirve á tus goces de proscenio
Y de ergástula negra á los mortales,
Mañana será el campo de batalla

En que mi alma, hambrienta de justicia,
Sacudiendo el dolor que la avasalla,
La fuerza humillará de tu sevicia.
Como á la palma que en la selva agreste

Deja crecer tu fuerza creadora,
Bajo el influjo del calor celeste
Y el rocío fecundante de la aurora,
Y cuando en ella el pájaro se anida,
Y cuando esparce sombra en la maleza,
Tú, que gozastes en prestarle vida,
La destruyes con bárbara fiereza;
Así yo, que en el mundo he cimentado
El poder deslumbrante de tu nombre,
Lo abatiré, de mi valor armado,
Ante la vista atónita del hombre.

V

Al escuchar la voz amenazante
Subir entre las brisas del desierto,
Dios, por la ira y el temor cubierto,
Entre rayos de lumbre fulgurante
Dejó á Moisés en la montaña muerto.

Y en medio do la sombra funeraria
Bajó á ocultar sus gélidos despojos
En un rincón de tierra solitaria,
Donde nadie ha elevado una plegaria
Ni lloraron jamás humanos ojos.

———o———

LA AGONÍA DE PETRONIO.

A Francisco A. de Icaza

Tendido en la bañera de alabastro
Donde serpea el purpurino rastro
De la sangre que corre de sus venas,
Yace Petronio, el bardo decadente,
Mostrando coronada la ancha frente
De rosas, terebintos y azucenas.

Mientras los magistrados le interrogan,
Sus jóvenes discípulos dialogan
O recitan sus dáctilos de oro,
Y al ver que aquellos en tropel se alejan
Ante el maestro ensangrentado dejan
Caer las gotas de su amargo lloro.

Envueltas en sus peplos vaporosos
Y tendidos los cuerpos voluptuosos
En la muelle extensión de los triclinios,
Alrededor, sombrías y livianas,
Agrúpanse las bellas cortesanas
Que habitan del imperio los dominios.

Desde el baño fragante en que aun respira
El bardo pensativo las admira,
Fija en la más hermosa la mirada
Y le demanda, con arrullo tierno,
La póstrimera copa de falerno
Por sus marmóreas manos escanciada.

Apurando el licor hasta las heces,
Enciende las mortales palideces
Que oscurecían su viril semblante,
Y volviendo los ojos inflamados
A sus fieles discípulos amados
Háblales triste en el postrer instante,

Hasta que heló su voz mortal gemido,
Amarilleó su rostro consumido,
Frío sudor humedeció su frente,
Amoratáronse sus labios rojos,
Densa nube empañó sus claros ojos
El pensamiento abandonó su mente.

Y como se doblega el mustio nardo,
Dobló su cuello el moribundo bardo,
Libre por siempre de mortales penas,
Aspirando en su lánguida postura
Del agua perfumada la frescura
Y el olor de la sangre de sus venas.

EL CAMINO DE DAMASCO

A Manuel Gutiérrez Nájera.

Lejos brilla el Jordán de azules ondas
Que esmalta el sol de lentejuelas de oro,
Atravesando las tupidas frondas,
Pabellón verde del bronceado toro.

Del majestuoso Líbano en la cumbre
Erige su ramaje el cedro altivo,
Y del día estival bajo la lumbre
Desmaya en los senderos el olivo.

Piafar se escuchan árabes caballos
Que, á través de la cálida arboleda,
Van levantando con sus férreos callos
En la ancha ruta opaca polvareda.

Desde el confín de las lejanas costas
Sombreadas por los ásperos nopales,
Enjambres purpurinos de langostas
Vuelan á los ardientes arenales.

Abrense en las llanuras las cavernas
Pobladas de escorpiones encarnados,
Y al borde de las límpidas cisternas
Embalsaman el aire los granados.

En fogoso corcel de crines blancas,
Lomo robusto, refulgente casco,
Belfo espumante y sudorosas ancas,
Marcha por el camino de Damasco,

Saulo, elevada su bruñida lanza
Que, á los destellos de la luz febea,
Mientras el bruto relinchando avanza
Entre nubes de polvo centellea.

Tras las hojas de oscuros olivares
Mira de la ciudad los minaretes,
Y encima de los negros almenares
Ondear los azulados gallardetes.

Súbito, desde lóbrego celaje
Que desgarró la luz de hórrido rayo,
Oye la voz de célico mensaje,
Cae transido de mortal desmayo,

Bajo el corcel ensangrentado rueda,
Su lanza estalla con vibrar sonoro
Y, á los reflejos de la luz, remeda
Sierpe de fuego con escamas de oro.

MI MUSEO IDEAL.

DIEZ CUADROS DE GUSTAVO MOREAU.

A Eduardo Rosell.

VESTIBULO

RETRATO DE GUSTAVO MOREAU

Rostro que desafía los crueles
Rigores del destino; frente austera
Aureolada de larga cabellera,
Donde al mirto se enlazan los laureles.

Creador luminoso como Apeles,
Si en la Grecia inmortal nacido hubiera
Cual dios entre los dioses estuviera
Por el sacro poder de sus pinceles.

De su Ideal divino á los fulgores
Vive de lo pasado entre las ruinas
Resucitando mágicas deidades;

Y dormita en sus ojos soñadores,
Como estrella entre brumas opalinas,
La nostalgia febril de otras edades.

———o———

I

SALOME

En el palacio hebreo, donde el suave
Humo fragante por el sol deshecho,
Sube á perderse en el calado techo
O se dilata en la anchurosa nave;

Está el Tetrarca de mirada grave,
Barba canosa y extenuado pecho,
Sobre el trono, hierático y derecho,
Como adormido por canciones de ave.

Delante de él, con veste de brocado
Estrellada de ardiente pedrería,
Al dulce són del bandolin sonoro,

Salomé baila y, en la diestra alzado,
Muestra siempre radiante de alegría,
Un loto blanco de pistilos de oro.

—0—

II

LA APARICION

Nube fragante y cálida tamiza
El fulgor del palacio de granito,
Onix, pórfido y nácar. Infinito
Deleite invade á Herodes. La rojiza

Espada fulgurante inmoviliza
Hierático el verdugo, y hondo grito
Arroja Salomé frente al maldito
Espectro que sus miembros paraliza.

Despójase del traje de brocado
Y, quedando vestida en un momento,
De oro y perlas, zafiros y rubíes,

Huye del Precursor decapitado
Que esparce en el marmóreo pavimento
Lluvia de sangre en gotas carmesíes.

———o———

III

PROMETEO

Bajo el dosel de gigantesca roca
Yace el Titán cual Cristo en el Calvario,
Marmóreo, indiferente y solitario,
Sín que brote el gemido de su boca.

Su pié desnudo en el peñasco toca
Donde agoniza un buitre sanguinario
Que ni atrae su ojo visionario
Ni compasión en su ánimo provoca.

Escuchando el hervor de las espumas
Que se deshacen en las altas peñas
Ve de su redención luces extrañas,

Junto á otro buitre de nevadas plumas,
Negras pupilas y uñas marfileñas
Que ha extinguido la sed en sus entrañas.

——o——

IV

GALATEA

En el seno radioso de su gruta
Alfombrada de anémonas marinas,
Verdes algas y ramas coralinas,
Galatea, del sueño el bien disfruta.

Desde la orilla de dorada ruta
Donde baten las ondas cristalinas,
Salpicando de espumas diamantinas
El pico negro de la roca bruta,

Polifemo, extasiado ante el desnudo
Cuerpo gentil de la dormida diosa,
Olvida su fiereza, el vigor pierde

Y mientras permanece, absorto y mudo,
Mirando aquella piel color de rosa,
Incendia la lujuria su ojo verde.

———o———

V

ELENA

Luz fosfórica entreabre claras brechas
En la celeste inmensidad, y alumbra
Del foso en la fatídica penumbra
Cuerpos hendidos por doradas flechas.

Cual humo frío de homicidas mechas
En la atmósfera densa se vislumbra
Vapor disuelto que la brisa encumbra
A las torres de Ilión, escombros hechas.

Envuelta en veste de opalina gasa,
Recamada de oro, desde el monte
De ruinas hacinadas en el llano,

Indiferente á lo que en torno pasa,
Mira Elena hácia el lívido horizonte
Irguiendo un lirio en la rosada mano.

——o——

VI

HERCULES ANTE LA HIDRA

En el umbral de lóbrega caverna
Y, á las purpúreas luces del ocaso,
Surge, acechando del viajero el paso,
Invencible y mortal, la Hidra de Lerna.

Mientras se extásia su maldad interna
En mirar esparcidos al acaso
Cuerpos de piel brillante como el raso,
Torso viril ó ensangrentada pierna;

Hércules coronado de laureles,
Repleto el cárcaj en el aureo cinto,
Firme en la diestra la potente maza,

Ante las sierpes de viscosas pieles
Detiénese en mitad del laberinto,
Fulminando en sus ojos la amenaza.

———o———

VII

VENUS ANADYOMENA

Sentada al pié de verdinegras moles
Sobre la espalda de un delfín cetrino
Que de la aurora el rayo purpurino
Jaspea de brillantes tornasoles,

Envuelta en luminosos arreboles
Venus, emerge el cuerpo alabastrino
Frente al húmedo borde del camino
Alfombrado de róseos caracoles.

Moviendo al aire las plateadas colas,
Blancas nereidas surgen de las olas
Y hasta la diosa de ojos maternales

Llevan, entre las manos elevadas,
Níveas conchas de perlas nacaradas,
Igneas ramas de fúlgidos corales.

———o———

VIII

UNA PERI

Sobre alto promontorio en que dardea
La aurora sus reflejos de topacio,
Pálido el rostro y el cabello lacio,
Blanca Peri su cuerpo balancea.

Al claro brillo de la luz febea
Aléjase del célico palacio,
Abrazada á su lira en el espacio,
Retratada en la fúlgida marea.

Y al descender en delicioso giro,
Como visión lumínica de plata,
Ansiosa de encontrar á la Desdicha,

Vaga en sus labios lánguido suspiro
Y en sus violáceos ojos se retrata
El cansancio infinito de la Dicha.

———o———

IX

JUPITER Y EUROPA

En la playa fenicia, á las boreales
Radiaciones del astro matutino,
Surgió Europa del piélago marino,
Envuelta de la espuma en los cendales.

Júpiter, tras los ásperos breñales,
Acéchala á la orilla del camino
Y, elevando su cuerpo alabastrino,
Intérnanse entre obscuros chaparrales.

Mientras al borde de la ruta larga
Alza la plebe su clamor sonoro,
Mirándola surgir de la onda amarga,

Desnuda va sobre su blanco toro
Que, enardecido por la amante carga,
Erige hacia el azul los cuernos de oro.

—o—

X

HERCULES Y LAS ESTINFALIDES

Rosada claridad de luz febea
Baña el cielo de Arcadia. Entre gigantes
Rocas negras de picos fulgurantes,
El dormido Estinfalo centellea.

Desde abrupto peñasco que azulea
Hércules, con miradas fulminantes,
El níveo casco de álamos humeantes
Y la piel del león de la Nemea,

Apoya el arco en el robusto pecho
Y las candentes flechas desprendidas
Rápidas vuelan á las verdes frondas,

Hasta que mira en su viril despecho
Caer las Estinfálides heridas,
Goteando sangre en las plateadas ondas.

——o——

SUEÑO DE GLORIA

APOTEOSIS DE GUSTAVO MOREAU

Sombra glacial de bordes argentados
Enluta la extensión del firmamento,
Donde vagan los discos apagados
De los astros nocturnos. Duerme el viento
Entre las ondas del Cedrón plomizas
Que hasta el sombrío Josafat descienden
Como á un foso inundado de cenizas,
Y en rápida carrera luego ascienden,
Salpicando las rocas erizadas
En que, lanzando pavorosas quejas,
Llegan, por las tinieblas ahuyentadas,
Entreabriendo sus alas, las cornejas.

De mortecina luz á los reflejos
Que clarean el lóbrego horizonte,
Jerusalen destácase á lo lejos
Dormida al pié del solitario Monte
De los Olivos. Ramas erigidas
En la aspereza de sus firmes flancos,
Parecen lanzas de metal hundidas
En cuerpos que á sus áridos barrancos

Tintos en sangre fueron. Mortal frío
Del valle solitario se evapora,
El bosque ostenta fúnebre atavío,
Siente el mundo nostalgia de la aurora,
Silencio aterrador el aire puebla
Y semeja la bóveda del cielo
Encresponada de hórrida tiniebla,
Un pálio de sombrío terciopelo.

***

Chispas brillantes, como perlas de oro,
Enciéndense en la géiica negrura
De la celeste inmensidad. Sonoro
Rumor de alas de nítida blancura
Oyese resonar en el espacio
Que se vela de nubes coloreadas
De nácar, de granate, de topacio
Y amatista. De estrellas coronadas
Las sienes, y la rubia cabellera
Esparcida en las vestes azuladas,
Como flores de extraña primavera,
Legiones de rosados serafines,
Con el clarín de plata entre las manos,
Anuncian de la tierra en los confines,
El juicio universal de los humanos.
Tras ellos, entre brumas opalinas
De matinal crepúsculo radioso,
Como un ídolo antiguo sobre ruinas,
Divino, patriarcal y explendoroso,
Asoma el Creador. Nimbo fulgente,
Cuajado de brillantes y rubíes,
Luz proyecta en el mármol de su frente;
Dalmática de pliegues carmesíes

Rameados de oro, envuelve sus espaldas;
Haz de luces agita entre la diestra
Y chispea erigido en su siniestra
Aureo globo, esmaltado de esmeraldas,
Perlas, zafiros y ópalos. Irisa
El haz la seda de su barba cana,
Vaga en sus labios paternal sonrisa,
Brilla en sus ojos la piedad cristiana
Y parece, flotando en la serena
Atmósfera de luz que lo corona,
Mas que el Dios iracundo que condena,
El Dios munificente que perdona.

***

Al són de los clarines celestiales
Dilatado en los ámbitos del mundo,
Alzanse de sus lechos sepulcrales
Como visiones de entre lodo inmundo,
Revestidos de formas corporales,
Los míseros humanos. Se respira
De Josafat en el espacio inmenso
Acre olor de sepulcros, y se mira
Revolotear en el ambiente denso
Enjambre zumbador de verdes moscas
Que, cual fúlgidas chispas de metales,
Surgen del fondo de las tumbas hoscas,
Donde, bajo las capas terrenales
En que está la materia amortajada,
Del gusano cruel bajo los besos
Atónita descubre la mirada
La blancura amarilla de los huesos.

***

Bajo el dosel de verdinegro olivo
Que al brillo de la luz se atornasola
Bella y sombría, con el rostro altivo
Tornado á los mortales, brilla sola
Entre la flor de la belleza humana,
Elena, la cruenta soberana
De la inmortal Ilión. A los destellos
Deslumbradores de la luz celeste,
Fórmanle, destrenzados, los cabellos
De gasa de oro esplendorosa veste
Que esparece por sus hombros sonrosados
Para cubrir su desnudez. Deshoja
Nívea flor en sus dedos nacarados,
Y al viento vagabundo luego arroja
Sus pétalos fragantes.
Cerca de ella
Aparece del valle en la pendiente
La figura grandiosa, sacra y bella
Del divino Moreau. Muestra en la frente
El lauro de los genios triunfadores,
Baña su rostro angélica dulzura
Y brilla en su mirada la ternura
Del alma de los santos soñadores.

Elena, al contemplar la faz augusta
Del genio colosal, baja los ojos,
Plácida torna su mirada adusta,
Colorean su tez matices rojos,
Intensa conmoción su seno agita,
Arde la sangre en sus azules venas,
El amor en su alma resucita

Y olvidando la imagen de las penas
Que le están por sus culpas reservadas,
Del valle tumultuoso en el proscenio,
Húmedas por el llanto las mejillas,
Balbucea postrada de rodillas,
Frases de amor ante los piés del Genio.

***

Dios, al mirar desde el azul del cielo,
La Belleza del Genio enamorada,
Sus culpas olvidó, sació su anhelo
Y, rozando los límites del suelo,
Descendió á bendecir la unión sagrada.

***

Oscurece. Celajes enlutados
Tapizan el azul del firmamento
Y, cual fragantes lirios enlazados,
Por la región magnífica del viento
Ascienden los eternos desposados
A olvidar sus miserias terrenales
Donde las almas sin cansancios aman
Bañadas de fulgores siderales
Y el ambiente lumínico embalsaman
Las flores de jardines celestiales.

——o——

CROMOS ESPAÑOLES

A Enrique Hernández Miyares.

UNA MAJA

Muerden su pelo negro, sedoso y rizo
Los dientes nacarados de alta peineta
Y surge de sus dedos la castañeta
Cual mariposa negra de entre el granizo.

Pañolón de Manila, fondo pajizo,
Que á su talle ondulante firme sujeta,
Echa reflejos de ambar, rosa y violeta
Moldeando de sus carnes todo el hechizo.

Cual tímidas palomas por el follaje,
Asoman sus chapines bajo su traje
Hecho de blondas negras y verde raso,

Y al choque de las copas de manzanilla
Riman con los tacones la seguidilla,
Perfumes enervantes dejando al paso.

———o———

UN TORERO

Tez morena encendida por la navaja,
Pecho alzado de eunuco, talle que aprieta
Verde faja de seda, bajo chaqueta
Fulgurante de oro cual rica alhaja.

Como víbora negra que un muro baja
Y á mitad del camino se enrosca quieta,
Aparece en su nuca fina coleta
Trenzada por los dedos de amante maja.

Mientras aguarda oculto tras un escaño
Y cubierta la espada con rojo paño
Que, mugiendo á la arena se lance el toro,

Sueña en trocar la plaza febricitante
En purpúreo torrente de sangre humeante
Donde quiebre el ocaso sus flechas de oro.

———o———

UN FRAILE

Descalzo, con obscuro sayal de lana,
Sobre el lomo rollizo de su jumento,
Mendingando limosnas para el convento
Va el fraile franciscano por la mañana.

Tras él resuena el toque de la campana
Que á la misa convoca con dulce acento
Y se pierde en las nubes del firmamento
Teñidas por la aurora de oro y de grana.

Opreso entre la diestra lleva el breviario,
Pende de su cintura tosco rosario,
Cestas de provisiones su mente forja

Y escucha que, á lo largo del gran camino,
Respondiendo al rebuzno de su pollino
Silba el aire escondiéndose entre la alforja.

——o——

Marfiles Viejos

TRISTISSIMA NOX

Noche de soledad. Rumor confuso
Hace el viento surgir de la arboleda,
Donde su red de trasparente seda
Grisacea araña entre las hojas puso.

Del horizonte hasta el confín difuso
La onda marina sollozando rueda
Y, con su forma insólita, remeda
Tritón cansado ante el cerebro iluso.

Mientras del sueño bajo el firme amparo
Todo yace dormido en la penumbra,
Sólo mi pensamiento vela en calma,

Como la llama de escondido faro
Que con sus rayos fúlgidos alumbra
El vacío profundo de mi alma.

——o——

A UN AMIGO

[ENVIÀNDOLE LOS VERSOS DE LEOPARDI]

¿Eres dichoso? Si tu pecho guarda
Alguna fibra sana todavía
Reserva el don que mi amistad te envía!
¡El tiempo de apreciarlo nunca tarda!

Mas si cruel destino te acobarda
Y tu espíritu, hundido en la agonía,
Divorciarse del cuerpo sólo ansía
Porque ya nada de la vida aguarda;

Abre ese libro de inmortales hojas
Donde el genio más triste de la tierra
—Aguila que vivió presa en el lodo—

Te enseñará, rimando sus congojas,
Todo lo grande que el dolor encierra
Y la infinita vanidad de todo.

——0——

AL MISMO

[ENVIANDOLE MI RETRATO]

No busques tras el mármol de mi frente
Del Ideal la esplendorosa llama
Que hácia el templo marmóreo de la Fama
Encaminó mi paso adolescente;

Ni tras el rojo labio sonriente
La paz del corazón de quien te ama,
Que entre el verdor de la florida rama
Ocúltase la pérfida serpiente.

Despójate de vanas ilusiones,
Clava en mi rostro tu mirada fría
Como su pico el pájaro en el fruto,

Y sólo encontrarás en mis facciones
La indiferencia del que nada ansía
Ó la fatiga corporal del bruto.

——o——

PAX ANIMÆ

Ño me hableis más de dichas terrenales
Que no ansío gustar. Está ya muerto
Mi corazón y en su recinto abierto
Sólo entrarán los cuervos sepulcrales.

Del pasado no llevo las señales
Y á veces de que existo no estoy cierto,
Porque es la vida para mí un desierto
Poblado de figuras espectrales.

No veo más que un astro obscurecido
Por brumas de crepúsculo lluvioso,
Y, entre el silencio de sopor profundo,

Tan sólo llega á percibir mi oido
Algo extraño, confuso y misterioso
Que me arrastra muy lejos de este mundo.

———o———

A MI MADRE

No fuiste una mujer, sino una santa
Que murió de dar vida á un desdichado,
Pues salí de tu seno delicado
Como sale una espina de una planta.

Hoy que tu dulce imagen se levanta
Del fondo de mi lóbrego pasado,
El llanto está á mis ojos asomado,
Los sollozos comprimen mi garganta,

Y aunque yazgas trocada en polvo yerto,
Sin ofrecerme bienhechor arrimo,
Como quiera que estés siempre te adoro,

Porque me dice el corazón que has muerto
Por no oirme gemir, como ahora gimo,
Por no verme llorar, como ahora lloro.

——o——

MI PADRE

Rostro de asceta en que el dolor se advierte
Como el frío en el disco de la luna,
Mirada en que al amor del bien se aduna
La firme voluntad del hombre fuerte.

Tuvo el alma más triste que la muerte
Sin que sufriera alteración alguna,
Ya al sentir el favor de la fortuna,
Ya los rigores de la adversa suerte.

Abrasado de férvido idealismo,
Despojada de sombras la conciencia,
Sordo del mundo á las confusas voces,

En la corriente azul del misticismo
Logró apagar, al fin de la existencia,
Su sed ardiente de inmortales goces.

———o———

PAISAJE ESPIRITUAL

Perdió mi corazón el entusiasmo
Al penetrar en la mundana liza,
Cual la chispa al caer en la ceniza
Pierde el ardor en fugitivo espasmo.

Sumergido en estúpido marasmo
Mi pensamiento atónito agoniza
O, al revivir, mis fuerzas paraliza
Mostrándome en la accion un vil sarcasmo.

Y aunque no endulcen mi infernal tormento
Ni la Pasión, ni el Arte ni la Ciencia,
Soporto los ultrajes de la suerte,

Porque en mi alma desolada siento,
El hastío glacial de la existencia
Y el horror infinito de la muerte.

———o———

A LA PRIMAVERA

Rasgando las neblinas del Invierno
Como velo sutil de níveo encaje,
Apareces envuelta en el ropaje
Donde fulgura tu verdor eterno.

El cielo se colora de azul tierno,
De rojo el sol, de nacar el celaje
Y hasta el postrer retoño del boscaje
Toma también tu verde sempiterno.

¡Cuán triste me parece tu llegada!
¡Qué insípidos tus dones conocidos!
¡Cómo al verte el hastío me consume!

Muere al fin, creadora ya agotada,
O brinda algo de nuevo á los sentidos....
¡Ya un color, ya un sonido, ya un perfume!

—o—

A UN CRÍTICO

Yo sé que nunca llegaré á la cima
Donde abraza el artista á la Quimera
Que dotó de hermosura duradera
En la tela, en el mármol ó en la rima;

Yo sé que el soplo extraño que me anima
Es un soplo de fuerza pasajera
Y que el olvido, el día que yo muera,
Abrirá para mí su obscura sima.

Mas sin que sienta de vivir antojos
Y sin que nada mi ambición despierte,
Tranquilo iré á dormir con los pequeños,

Si veo fulgurar ante mis ojos,
Hasta el instante mismo de la muerte,
Las visiones doradas de mis sueños.

———o———

A LA CASTIDAD

Yo no amo la Mujer, porque en su seno
Dura el amor lo que en la rama el fruto,
Y mi alma vistió de eterno luto
Y en mi cuerpo infiltró mortal veneno.

Ni con voz de ángel ó lenguaje obsceno
Logra en mí enardecer al torpe bruto
Que si le rindo varonil tributo
Agoniza al instante de odio lleno.

¡Oh blanca Castidad! Sé el ígneo faro
Que guíe el paso de mi planta inquieta
A traves del erial de las pasiones

Y otórgame, en mi horrendo desamparo,
Con los dulces ensueños del poeta
La calma de los puros corazones.

———o———

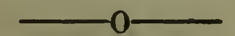
AL JUEZ SUPREMO

No arrancó la Ambición las quejas hondas
Ni el Orgullo inspiró los anatemas
Que atraviesan mis mórbidos poemas
Cual aves negras entre espigas blondas.

Aunque la Dicha terrenal me escondas
No á la voz de mis súplicas le temas
Que ni lauros, ni honores, ni diademas
Turban de mi alma las dormidas ondas.

Si algún día mi férvida plegaria
¡Oh Dios mío! en blasfemia convertida
Vuela á herir tus oidos paternales,

Es que no siente mi alma solitaria,
En medio de la estepa de la vida,
El calor de las almas fraternales.



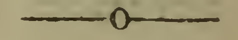
FLOR DE CIENO

Yo soy como una choza solitaria
Que el viento huracanado desmorona
Y en cuyas piedras húmedas entona
Hosco buho su endecha funeraria.

Por fuera sólo es urna cineraria
Sin inscripción, ni fecha, ni corona;
Mas dentro, donde el cieno se amontona,
Abre sus hojas fresca pasionaria.

Huyen los hombres al oir el canto
Del buho que en la atmósfera se pierde
Y, sin que sepan reprimir su espanto,

No ven que, como planta siempre verde,
Entre el negro raudal de mi amargura
Guarda mi corazón su esencia pura.



INQUIETUD

Miseria helada, eclipse de ideales,
De morir joven triste certidumbre,
Cadenas de oprobiosa servidumbre,
Hedor de las tinieblas sepulcrales;

Centelleo de vívidos puñales
Blandidos por ignara muchedumbre,
Para arrojarnos desde altiva cumbre
Hasta el fondo de infectos lodazales;

Ante nada mi paso retrocede,
Pero aunque todo riesgo desafío,
Nada mi corazón perturba tanto,

Como pensar que un día darme puede
Todo lo que hoy me encanta, amargo hastío,
Todo lo que hoy me hastía, dulce encanto.

——o——

A UN DICTADOR

Noble y altivo, generoso y bueno
Apareciste en tu nativa tierra,
Como sobre la nieve de alta sierra
De claro día el resplandor sereno.

Torpe ambición emponzoñó tu seno
Y, en el bridón siniestro de la guerra,
Trocaste el suelo que tu polvo encierra
En abismo de llanto, sangre y cieno.

Mas si hoy excecra tu memoria el hombre,
No del futuro en la extensión remota
Tus manes han de ser escarnecidos;

Porque tuviste paiadín sin nombre,
En la hora crüel de la derrota,
El supremo valor de los vencidos.

———o———

TRAS UNA ENFERMEDAD

Ya la fiebre domada no consume
El ardor de la sangre de mis venas,
Ni el peso de sus cálidas cadenas
Mi cuerpo débil sobre el lecho entume.

Ahora que mi espíritu presume
Hallarse libre de mortales penas,
Y que podrá ascender por las serenas
Regiones de la luz y del perfume;

Haz ¡oh Dios! que no vean ya mis ojos
La horrible realidad que me contrista
Y que marche en la inmensa caravana,

O que la fiebre, con sus velos rojos,
Oculte para siempre ante mi vista
La desnudez de la miseria humana.

———0———

EN UN HOSPITAL

Tabernáculo abierto de dolores
Que ansía echar el mundo de su seno,
Como la nube al estruendoso trueno
Que la puebla de lóbregos rumores;

Plácenme tus sombríos corredores
Con su ambiente impregnado de veneno
Que dilatan en su ámbito sereno
Los males de tus tristes moradores.

Hoy que el dolor mi juventud agosta
Y que mi enfermo espíritu, intranquilo,
Ve su ensueño trocarse en hojarasca,

Pienso que tú serás la firme costa
Donde podré encontrar seguro asilo
En la hora fatal de la borrasca.

——o——

LA GRUTA DEL ENSUEÑO

A Edouard Cornelius Price.

ANTE EL RETRATO

DE

JUANA SAMARY

Nunca te conocí, mas yo te he amado
Y, en mis horas amargas de tristeza,
Tu imagen idëal he contemplado
Extasiándome siempre en su belleza.

Aunque en ella mostrabas la alegría
Que reta á los rigores de la suerte,
Detrás de tu mirada yo advertía
El terror invencible de la muerte.

Y no te amé por la sonrisa vana
Con que allí tu tristeza se reviste,
Te amé porque en tí hallaba una alma hermana
Alegre en lo exterior y dentro triste.

Hoy ya no atraes las miradas mías
Ni mi doliente corazón alegras,
En medio del cansancio de mis días
O la tristeza de mis noches negras;

Porque al saber que de tu cuerpo yerto
Oculta ya la tierra los despojos,
Siento que algo de mí también ha muerto
Y se llenan de lágrimas mis ojos.

Feliz tú que emprendiste el ráudo vuelo
Hácia el bello país desconocido
Donde esparce su aroma el asfodelo
Y murmura la fuente del olvido.

Igual suerte en el mundo hemos probado
Mas ya contra ella mi dolor no clama:
Si tú nunca sabrás que yo te he amado
Tal vez yo ignore siempre quien me ama.

CAMAFEO

¿Quién no le rinde culto á tu hermosura
Y ante ella de placer no se enagena,
Si hay en tu busto líneas de escultura
Y hay en tu voz acento de sirena?

Dentro de tus pupilas centellantes,
Adonde nunca se asomó un reproche,
Llevas el resplandor de los diamantes
Y la sombra profunda de la noche.

Hecha ha sido tu boca purpurina
Con la sangre encendida de la fresa,
Y tu faz con blancuras de neblina
Donde quedó la luz del sol impresa.

Bajo el claro fulgor de tu mirada
Como rayo de sol sobre la onda,
Vaga siempre en tu boca perfumada
La sonrisa inmortal de la Yoconda.

Desciende en negros rizos tu cabello
Lo mismo que las ondas de un torrente,
Por las líneas fugaces de tu cuello
Y el jaspe sonrosado de tu frente.

Presume el corazón que te idolatra
Como á una diosa de la antigua Grecia,
Que tienes la belleza de Cleopatra
Y la virtud heróica de Lucrecia.

Mas no te amo. Tu hermosura encierra
Tan solo para mí focos de hastío....
¿Podrá haber en los lindes de la tierra
Un corazón tan muerto como el mío?

BLANCO Y NEGRO

I

Sonrisas de las vírgenes difuntas
En ataud de blanco terciopelo

Recamado de oro; manos juntas,
Que os elevais hácia el azul del cielo
Como lirios de carne; tocas blancas
De pálidas novicias absorvidas
Por los ensueños celestiales; francas
Risas de niños rubios; despedidas
Que envían los ancianos moribundos
A los seres queridos; arreboles
De los finos celajes errabundos
Por las ondas del eter tornasoles
Que ostentan en sus alas las palomas
Al volar hácia el sol; verdes palmeras
De los desiertos africanos; gomas
Arabes en que duermen las quimeras;
Miradas de los pálidos dementes
Hácia las flores del jardín; crespones
Con que se ocultan sus nevadas frentes
Las vírgenes; enjambres de ilusiones
Color de rosa, que en su seno encierra
El alma que no hirió la desventura;
Arrebatadme al punto de la tierra
Que estoy enfermo y solo y fatigado
Y deseo volar hacia la altura
Porque allí debe estar lo que yo he amado.

II

Oso hambriento que vas por las montañas
Alfombradas de témpanos de hielo,
Ansioso de saciarte en las entrañas
Del viajador; relámpago del cielo
Que amenazas la vida del proscrito
En medio de la mar; hidra de Lerna

Armada de cabezas; infinito
Furor del dios que en líquida caverna
Un día habrá de devorarnos; hachas
Que segasteis los cuellos sonrosados
De las princesas inocentes; rachas
De vientos tempestuosos; afilados
Colmillos de las hienas escondidas
En las malezas; tenebrosos cuerves
Cernidos en los aires; homicidas
Balas que herís á los dormidos ciervos
A orillas de los lagos; pesadillas
Que poblais el espíritu de espanto;
Fiebre que empalideces las mejillas
Y el cabello blanqueas; desencanto
Profundo de mi alma despojada
Para siempre de humanas ambiciones;
Despedazad mi ser atormentado
Que cayó de las célicas regiones
Y devolvedme al seno de la nada....
¿Tampoco estará allí lo que yo he amado?

———o———

FLORES

Mi corazón fué un vaso de alabastro
Donde creció, fragante y solitaria,
Bajo el fulgor purísimo de un astro
Una azucena blanca: la plegaria.

Marchita ya esa flor de suave aroma,
Cual virgen consumida por la anemia,
Hoy en mi corazón su tallo asoma
Una adelfa purpúrea: la blasfemia.

VESPERTINO

I

Agoniza la luz. Sobre los verdes
Montes alzados entre brumas grises,
Parpadea el lucero de la tarde
Cual la pupila de doliente virgen
En la hora final. El firmamento
Que se despoja de brillantes tintes
Aseméjase á un ópalo grandioso
Engastado en los negros arrecifes
De la playa desierta. Hasta la arena
Se va poniendo negra. La onda gime
Por la muerte del sol y se adormece
Lanzando al viento sus clamores tristes.

II

En un jardín, las áureas mariposas
Embriagadas están por los sutiles
Aromas de los cálices abiertos
Que el sol espolvoreaba de rubíes,
Esmeraldas, topacios, amatistas
Y zafiros. Encajes invisibles
Extienden en silencio las arañas
Por las ramas nudosas de las vides
Cuajadas de racimos. Aletean

Los flamencos rosados que se irguen
Después de picotear las fresas rojas
Nacidas entre pálidos jazmines.
Graznan los pavos reales.
Y en un banco
De mármoles bruñidos, que recibe
La sombra de los árboles coposos,
Un joven soñador está muy triste,
Viendo que el aura arroja en un estanque
Jaspeado de metálicos matices,
Los pétalos fragantes de los lirios
Y las plumas sedosas de los cisnes.

———o———

KAKEMONO

Hastiada de reinar con la hermosura
Que te dió el cielo, por nativo dote,
Pediste al arte su potente auxilio
Para sentir el anhelado goce
De ostentar la hermosura de las hijas
Del país de los anchos quitasoles
Pintados de doradas mariposas
Revoloteando entre azulinas flores.

Borrando de tu faz el fondo níveo
Hiciste que adquiriera los colores
Pálidos de los rayos de la luna,
Cuando atraviesan los sonoros bosques
De flexibles banbúes. Tus mejillas
Pintaste con el tinte que se esconde

En el rojo cinabrio. Perfumaste
De almizcle conservado en negro cofre
Tus formas virginales. Con obscura
Pluma de golondrina puesta al borde
De ardiente pebetero, prolongaste
De tus cejas el arco. Acomodose
Tu cuerpo erguido en amarilla estera
Y, ante el espejo oval, montado en cobre,
Recogiste el raudal de tus cabellos
Con agujas de oro y blancas flores.

Ornada tu belleza primitiva
Por diestra mano, con extraños dones,
Sumergiste tus miembros en el traje
De seda japonesa. Era de corte
Imperial. Ostentaba ante los ojos
El azul de brillantes gradaciones
Que tiene el cielo de la hermosa Yedo,
El rojo que la luz deja en los bordes
Del ráudo Kisogawa y la blancura
Jaspeada de fulgentes tornasoles
Que, á los granos de arroz en las espigas,
Presta el sol con sus ígneos resplandores.
Recamaban tu regia vestidura
Cigüeñas mariposas y dragones
Hechos con áureos hilos. En tu busto
Ajustado por anchos ceñidores
De crespón, amarillos crisantemos
Tu sierva colocó. Cogiendo entonces
El abanico de marfil calado
Y plumas de avestruz, á los fulgores
De encendidas arañas venecianas,
Mostraste tu hermosura en los salones,

Inundando de férvida alegría
El alma de los tristes soñadores.

¡Cuán seductora estabas! ¡No más bella
Surgió la Emperatriz de los nifones
En las pagodas de la santa Kióto
O en la fiesta brillante de las flores!
Jamás ante una imagen tan hermosa
Quemaron los divinos sacerdotes
Granos de incienso en el robusto lomo
De un elefante cincelado en bronce
Por hábil escultor! ¡El Yoshivara
En su recinto no albergó una noche
Belleza que pudiera disputarle
El lauro á tu belleza! ¡En los jarrones
Biombos, platos, estuches y abanicos
No trazaron los clásicos pintores
Figura femenina que reuniera
Tal número de hermosas perfecciones!

Envío

Viendo así retratada tu hermosura
Mis males olvidé. Dulces acordes
Quise arrancar del arpa de otros días
Y, al no ver retornar mis ilusiones,
Sintió mi corazón glacial tristeza
Evocando el recuerdo de esa noche,
Como debe sentirla el árbol seco
Mirando que, al volver las estaciones,
No renacen jamás sobre sus ramas
Los capullos fragantes de las flores
Que le arrancó de entre sus verdes hojas
El soplo de otoñales aquilones.

NOSTALGIAS

I

Suspiro por las regiones
Donde vuelan los alciones
Sobre el mar,
Y el soplo helado del viento
Parece en su movimiento
Sollozar;
Donde la nieve que baja
Del firmamento, amortaja
El verdor
De los campos olorosos
Y de los ríos caudalosos
El rumor;
Donde ostenta siempre el cielo,
A traves de aëreo velo,
Color gris;
Es más hermosa la luna
Y cada estrella más que una
Flor de lís.

II

Otras veces solo ansío
Bogar en firme navío
Y existir

En algún país remoto,
Sin pensar en el ignoto
Porvenir.
Ver otro cielo, otro monte,
Otra playa, otro horizonte,
Otro mar,
Otros pueblos, otras gentes
De maneras diferentes
De pensar.
¡Ah! si yo un día pudiera
Con qué júbilo partiera
Para Argel
Donde tiene la hermosura
El color y la frescura
De un clavel.
Después fuera en caravana
Por la llanura africana
Bajo el sol
Que, con sus vivos destellos,
Pone un tinte á los camellos
Tornasol.
Y cuando el día expirara
Mi árabe tienda plantara
En mitad
De la llanura ardorosa
Inundada de radiosa
Claridad.
Cambiando de rumbo luego,
Dejara el país del fuego
Para ir
Hasta el imperio florido
En que el ópio da el olvido
Del vivir.

Vegetara allí contento
De alto bambú corpulento
Junto al pié,
O aspirando en rica estancia
La embriagadora fragancia
Que da el té.
De la luna al claro brillo
Iría al Río Amarillo
A esperar
La hora en que, el botón roto,
Comienza la flor del loto
A brillar.
O mi vista deslumbrara
Tanta maravilla rara
Que el buril
De artista, ignorado y pobre,
Graba en sándalo ó en cobre
O en marfil.
Cuando tornara el hastío
En el espíritu mío
A reinar,
Cruzando el inmenso piélago
Fuera á taitiano archipiélago
A encallar.
A aquel en que vieja historia
Asegura á mi memoria
Que se vé
El lago en que un hada peina
Los cabellos de la reina
Pomaré.
Así errabundo viviera
Sintiendo toda quimera
Rauda huir,

Y hasta olvidando la hora
Incierta y aterradora
De morir.

III

Mas no parto. Si partiera
Al instante yo quisiera
Regresar.
¡Ay! ¿Cuándo querrá el destino
Que yo pueda en mi camino
Reposar?

———o———

LA REINA DE LA SOMBRA

A Ruben Darío

Tras el velo de gasa azulada
En que un astro de plata se abre
Y con fúlgidos rayos alumbra
El camino del triste viandante,
En su hamaca de nubes se mece
Una diosa de formas fugaces
Que dirije á la tierra sombría
Su mirada de brillos astrales.

Mientras tienden las frías tinieblas
Pabellones de sombra en los valles,
En las torres de griseos conventos
Y en los viejos castillos feudales,

Donde en nichos orlados de hiedra
Anidaron fatídicas aves
Que al sentir el horror de la sombra
Abalánzanse ciegas al aire,
Abandona la diosa serena
Su palacio de níveos celajes
Y sumerje sus miembros desnudos
En las ondas de plácidos mares.

De allí surge á la luz de la luna,
En esquife de rojos corales,
Velas negras y remos de oro,
Sobre el agua de tonos de nácares,
Donde riza su esquife ligero
Blanca estela en la onda espumante.

Al tocar en la playa desierta
Tal silencio en la sombra se esparce,
Que ella busca, transida de miedo,
El rumor de las locas ciudades
En que espera su sacra visita
Un cortejo de fieles amantes
Cuyas almas dolientes conservan,
Como lirios en túrbido estanque,
Las quimeras de días mejores
Entre llanto, entre hiel y entre sangre.

Aunque nunca brotó de sus labios
La armonía fugaz de la frase,
Ni el perfume eternal de sus besos
Aspiraron los labios mortales,
Ni en su seno florece la vida,
Ni ha estrechado en sus brazos á nadie,

Con su sola presencia difunde
Tanta dicha en sus tristes amantes
Que parece abrigar la ternura
Que concentra en sus ojos la madre
Para el hijo infeliz que la llora
Junto al negro ataud en que yace.

Cuando llega, rodeada de brumas,
Bajo un velo de nítido encaje
Salpicado de frescas violetas,
Ella ostenta en su dulce semblante
Palideces heladas de luna,
En sus ojos, verdores de sáuce,
Y en sus manos un lirio oloroso
Emperlado de gotas de sangre,
Que satura el ambiente cercano
De celeste perfume enervante.

¡Cómo al verla, reinando en la sombra,
Donde solo en vivir se complace,
Se despierta en mi mente nublada
De los sueños el vívido enjambre!
¡Cómo agita mis nervios dormidos
Disipando mis tedios mortales!
¡Cuántas cosas me dice en silencio!
¡Qué dulzura en mi ánimo esparce!
¡Cuántas penas del mundo me lleva!
¡Cuántas dichas del cielo me trae!

Esa diosa es mi musa adorada,
La que inspira mis cantos fugaces,
Donde sangran mis viejas heridas
Y sollozan mis nuevos pesares.

Ora muestre su rostro de virgen
O su torso de extraña bacante,
Yo con ella, sereno y gozoso,
Mientras venga en la sombra á mirarme
Cruzaré los desiertos terrestres,
Sin que nunca mi paso desmaye,
Ya me lleve por senda de rosas,
Ya me interne entre abrojos punzantes.

———o———

PAISAJE DE VERANO

Polvo y moscas. Atmósfera plomiza
Donde retumba el tabletear del trueno
Y, como cisnes entre inmundo cieno,
Nubes blancas en cielo de ceniza.

El mar sus ondas glaucas paraliza
Y el relámpago, encima de su seno,
Del horizonte en el confín sereno
Traza su ráuda exhalación rojiza.

El árbol soñoliento cabecea,
Honda calma se cierne largo instante,
Hienden el aire rápidas gaviotas,
El rayo en el espacio centellea
Y sobre el dorso de la tierra humeante
Baja la lluvia en crepitantes gotas.

———o———

FLORES DE ÉTER

A LA MEMORIA DE LUIS II DE BAVIERA

Rey solitario como la aurora,
Rey misterioso como la nieve,
¿En qué mundo tu espíritu mora?
¿Sobre qué cimas sus alas mueve?
¿Vive con diosas en una estrella
Como guerrero con sus cautivas,
O está en la tumba—blanca doncella
Bajo coronas de siemprevivas?....

Aún eras niño, cuando sentías,
Como legado de tus mayores,
Esas tempranas melancolías
De los espíritus soñadores,
Y huyendo lejos de los palacios
Donde veias morir tu infancia,
Te remontabas á los espacios
En que esparcíase la fragancia
De los ensueños que, hora tras hora,
Minando fueron tu vida breve,
Rey solitario como la aurora,
Rey misterioso como la nieve.

Si así tu alma gozar quería
Y á otras regiones arrebatarte,
Un bajel tuvo: la Fantasía,
Y un mar expléndido: el mar del Arte.
¡Cómo veias sobre sus ondas
Temblar las luces de nuevos astros
Que te guiaban á las Golcondas
Donde no hallabas del hombre rastros;
Y allí sintiendo raros deleites
Tu alma encontraba deliquios santos,
Como en los tintes de los afeites
Las cortesanas frescos encantos!
Por eso mi alma la tuya adora
Y recordándola se conmueve,
Rey solitario como la aurora,
Rey misterioso como la nieve.

Colas abiertas de pavos reales,
Róseos flamencos en la arboleda,
Fríos crepúsculos matinales,
Aureos dragones en roja seda,
Verdes luciérnagas en las lilas,
Plumas de cisnes alabastrinos,
Sonidos vagos de las esquilas,
Sobre hombros blancos encajes finos,
Vapor de lago dormido en calma,
Mirtos fragantes, nupciales tules,
Nada más bello fué que tu alma
Hecha de vagas nieblas azules
Y que á la mía solo enamora
De las del siglo décimo nueve,
Rey solitario como la aurora,
Rey misterioso como la nieve.

Aunque sentiste sobre tu cuna
Caer los dones de la existencia,
Tú no gozaste de dícha alguna
Más que en los brazos de la Demencia.
Halo llevabas de poesía
Y más que el brillo de tu corona
A los extraños les atraía
Lo misterioso de tu persona
Que apasionaba nobles mancebos,
Porque ostentabas en formas bellas
La gallardía de los efebos
Con el recato de las doncellas.

Tédio profundo de la existencia,
Sed de lo extraño que nos tortura,
De viejas razas mortal herencia,
De realidades afrenta impura,
Visión sangrienta de la neurosis,
Delicuescencia de las pasiones,
Entre fulgores de apoteosis
Tu alma llevaron á otras regiones
Donde gloriosa ciérnese ahora
Y eterna dicha sobre ella llueve,
Rey solitario como la aurora,
Rey misterioso como la nieve!

———o———

MI ENSUEÑO

Cuando la ardiente luz de la mañana
Tiñó de rojo el nebuloso cielo,
Quiso una alondra detener el vuelo
De mi alcoba sombría en la ventana.

Pero hallando cerrada la persiana
Fracasó en el cristal su ardiente anhelo
Y, herida por el golpe, cayó al suelo
Adios diciendo á su quimera vana.

Así mi ensueño, pájaro canoro
De níveas plumas y rosado pico
Al querer en el mundo hallar cabida

Encontró de lo real los muros de oro
Y deshecho cual frágil abanico,
Cayó entre el fango inmundo de la vida.

———o———

CANCION

PARA LA NIÑA AURELIA AROSTEGUI Y MENDOZA

Angelicales son tus hechizos
Y te presentan ya los humanos
Nimbo de oro para tus rizos,
Lirios de nieve para tus manos.

Sin que conserves impuras huellas
Cruzas del mundo por los breñales,
Como los discos de las estrellas
De la tiniebla por los cendales,

Cuando se posa tu pié ligero
Y te sonríes breves instantes,
Tu boca imita rojo joyero
Donde se irisan perlas brillantes.

Y si te duermes sobre la cuna
Finje tu cuerpo, tras la cortina,
Una estatuita color de luna
Entre los pliegues de la neblina.

Angelicales son tus hechizos
Y te presentan ya los humanos
Nimbo de oro para tus rizos,
Lirios de nieve para tus manos.

———o———

AL CARBON

Bajo las ramas de copudo roble
Y entre las ondas de negruzca charca,
Blanco nenúfar, como débil barca
Se balancea sobre el tallo doble.

Cerca del bosque, en actitud inmoble,
Viejo león, cual vencedor monarca,
A los dominios que su vista abarca
Dirije ufano la mirada noble.

Cae la lluvia. En la arenisca ruta
Abre su boca sepulcral caverna
Cuya sombra abrillanta la llovizna,

Y una leona, con la piel hirsuta
En su recinto lóbrego se interna
Mordisqueando de yerba húmeda brizna.

EN UN ALBUM

¿Qué es un álbum? Un cofre de alabastro
Donde arroja el talento del artista
Un recuerdo brillante como un astro,
Una perla, un rubí ó una amatista.

Pueda el que mi amistad aquí te arroja,
Si deja en tu memoria alguna huella,
Conservar la pureza de esta hoja
Y el fulgor misterioso de una estrella.

CANAS

¡Oh canas de los viejos ermitaños
Que, cual nieve de cumbres desoladas,
No las vieron brotar ojos extraños,
Ni alisaron jamás manos amadas;
¡Oh canas de los viejos ermitaños!

¡Oh canas de los viejos soñadores
Caminando en tropel hácia el olvido
Bajo el áspero fardo de dolores
Que habeis de la existencia recibido!
¡Oh canas de los viejos soñadores!

¡Oh canas de los viejos criminales
Que en medio de las lóbregas prisiones
Blanquearon vuestros cráneos infernales,
Al morir vuestras dulces ilusiones!
¡Oh canas de los viejos criminales!

¡Oh canas de las viejas pecadoras
A las que arroja el mundo sus reproches,
Que tuvísteis la luz de las auroras
O la sombra azulada de las noches!
¡Oh canas de las viejas pecadoras!

Emblema sois del sufrimiento humano
Y brillando del joven en la frente
O en las hondas arrugas del anciano,
Mi alma os venera, porque eternamente
Emblema sois del sufrimiento humano.

——o——

MEDALLON

[ALICIA SIERRA Y PEÑARREDONDA]

Cual bruma de oro al rededor de un astro,
En torno de su rostro de alabastro
Flota en dorados rizos el cabello,
Bajando luego hasta besar su falda
Por la curva graciosa de su espalda,
Por el jaspe rosado de su cuello.

Ya la envuelva nevada muselina,
Ya la seda espejeante de la China,
Ciñen sus brazos regios brazaletes,
Y en su redondo seno de escultura,
Como un jarrón de pálida blancura,
Agonizan fragantes ramilletes.

Ya el vals la mezca en círculos de fuego,
Ya alce en el templo fervoroso ruego,
Presenta al mundo, lánguida y morosa,
En su rostro de antiguo camafeo
Con la nostalgia amarga del deseo
La tristeza infinita de una diosa.

Como las claras gotas de rocío
De fresca anémona en el cáliz frío
Chispean al crepúsculo dorado,
Del gas á los destellos deslumbrantes
Irísanse purísimos diamantes
De su oído en el lóbulo rosado.

Verdes, como las ondas, son sus ojos,
Como ardientes rubís, sus labios rojos,
Finas, como caléndulas, sus manos,
Y, sumergida en dulce somnolencia,
Ostenta la opalina transparencia
De los frágiles vasos venecianos.

———o———

HORRIDUM SOMNIUM

Al Sr. Don Raimundo Cabrera.

¡Cuántas noches de insomnio pasadas
En la fría blancura del lecho,
Ya abrevado de angustia infinita,
Ya sumido en amargos recuerdos,
Perturbando la lóbrega calma
Difundida en mi espíritu enfermo,
Como errantes luciérnagas verdes
Del jardín en los lirios abiertos,
Ha venido á posarse en mi alma
Aureo enjambre de sacros ensueños!

Cual penetran los rayos de luna,
Por la escala sonora del viento,
En el hosco negror del sepulcro
Donde yace amarillo esqueleto,

Tal desciende la dicha celeste,
En las olas de fúlgidos sueños,
Hasta el fondo glacial de mi alma
Cripta negra en que duerme el deseo.

Así he visto llegar á mis ojos
En la fria tiniebla entreabiertos,
Desde lobregos mares de sombras
Alumbrados por rojos destellos,
A las castas bellezas marmóreas
Que ceñidos de joyas los cuerpos
Y una flor elevada en las manos,
Colorea entre eriales roqueños
El divino Moreau; á las frias
Hermosuras de estériles senos
Que, cual *flores del mal*, han caido
De la vida al oscuro sendero;
A Anactoria, la amada doliente,
Emperlados de sangre los pechos
Y encendidos los ojos diabolicos
Por la fiebre de extraños deseos;
A Maria, la virgen hebrea,
Con sus tocas brillantes de duelo
Y su manto de estrellas de oro
Centellando en sus largos cabellos;
A la mistica Eloa, cruzadas
Ambas manos encima del pecho
Y tornados los húmedos ojos
Hácia el cálido horror del Infierno;
Y a Eleonora, la pálida novia,
Que, auyentando la sombra del cuervo,
Cicatriza mis rojas heridas
Con el frio mortal de sus besos.

Mas un día—¡oh Rembrandt! no ha trazado
Tu pincel otro cuadro más negro—
Agrupados en ronda dantesca
De la fiebre los rojos espectros,
Al rumor de canciones malditas
Arrojaron mi lánguido cuerpo
En el fondo de fétido foso
Donde airados croajaban los cuervos.

Como eleva la púdica virgen
Al dejar los umbrales del templo,
La mantilla de negros encajes
Que cubría su rostro risueño,
Así entonces el astro nocturno,
Los celajes opacos rompiendo,
Ostentaba su disco de plata
En el negro azulado del cielo.

Y, al fulgor que esparcía en el aire,
Yo sentí deshacerse mis miembros,
Entre chorros de sangre violácea,
Sobre capas humeantes de cieno,
En viscoso licor amarillo
Que goteaban mis lívidos huesos.

Alredor de mis fríos despojos
En el aire, zumbaban insectos
Que, ensanchados los húmedos vientres
Por la sangre absorvida en mi cuerpo,
Ya ascendían en rápido impulso,
Ya embriagados caían al suelo.

De mi cráneo, que un globo formaba
Erizado de rojos cabellos,
Descendían al rostro deforme

Saboreando el licor purulento,
Largas sierpes de piel solferina
Que llegaban al borde del pecho,
Donde un cuervo de pico acerado
Implacable roíame el sexo.

Junto al foso, espectrales mendigos
Sumergidos los piés en el cieno
Y rasgadas las ropas mugrientas,
Contemplaban el largo tormento,
Mientras grupos de impuras mugeres,
En unión de aterrados mancebos,
Retorcían los cuerpos lascivos
Exhalando alaridos siniestros.



Muchos días, llenando mi alma
De pavor y de frío y de miedo,
He mirado este fúnebre cuadro
Resurgir á mis ojos abiertos;
Y al pensar que no pude en la vida
Realizar mis felices anhelos,
Con los ojos preñados de lágrimas
Y el horror de la muerte en el pecho,
Ante el Dios de mi infancia pregunto:
—Del enjambre incesante de ensueños
Que persiguen mi alma sombría
De la noche en el frío silencio,
¿Será solo el ensueño pasado
El que logre palpar mi deseo
En la triste jornada terrestre?
¿Será el único ¡oh Dios! verdadero?

NIEVE.

POR JULIÁN DEL CASAL.

I

Fué una de las pocas veces que hube de arrepentirme de mi pereza. Veía con claridad que aquella carta me traía un nuevo afecto, y aquel libro pequeño, sin desflorar aún, de blanca portada no visible del todo porque la fajilla del correo, cubierta de sellos, la cruzaba horizontalmente, me iba á dar muy gratas sorpresas. Enfrente de aquel regalo, me asaltó una curiosidad entusiástica: curiosidad violenta de muchacha frente á un joyero; curiosidad emocionada de amante frente á un ramillete de margaritas dejado caer desde la sombra de una ventana por una mano blanca.

Y en efecto; abrí el estuche y me encontré con joyas rutilantes: azul espléndido de zafiro; púrpura encandecida de rubí; oro luminoso de topacio; glaucas brillanteces de esmeralda, y gotas ígneas de diamante como salpicaduras de rocío sobre un

esmalte de colores; desaté el haz de rimas fresca y bien olientes, como rosas recien cortadas, y empapé mi espíritu en la fragancia de una poesía nueva y juvenil, que olía á primavera y se bañaba en sol.

¿Quién era aquel poeta que así cantaba tan dulce y melancólicamente esas estrofas que tenían calor de alma y parecian el eco de mis propias tristezas? ¿De qué vigorosa inspiración, de qué ánimo en éxtasis brotaron aquellos versos de alas palpitantes que removían en la memoria tantos recuerdos dolorosos, tantas cosas idas, tantos sueños desvanecidos? ¿Cómo habrían salvado aquellos pájaros la distancia que los separaba del árbol sin frondas de mi vida? La carta me lo dijo: un hálito de simpatía, una ráfaga de cariño, de ese cariño que nace con espontaneidad en el fondo de un corazón, y que en algunos instantes de nostalgias extrañas, nos hace pensar en hermanos desconocidos y ausentes, arrojo sobre mi, como bienhechora y refrescante lluvia, las *Hojas al viento* de Julian del Casal.

Por muchas noches me deleité con la repetida lectura del libro que cuidadosamente guardo entre mis poetas favoritos y mis poetas amigos. Admiré desde entonces al bardo cubano, y en más de una ocasión, en corrillo de jovenes literatos, en cualquier cuarto estudiantil de bohemio, envuelto en humo de tabaco, sentado á horcajadas en la silla y alguna vez saboreando tazas de café á grandes sorbos, he recitado las poesías de Casal, entre las cuales la que más gusto de decir, la que me produce fascinaciones de rara embriaguez,

la que excita más mi tempe amento, es *la Canción de la Morfina.* Y no sólo admiré á Casal, sino que lo quise. ¡Tienen tanta franqueza, tanta verdad sus melancólicos escepticismos; creo notar tantas semejanzas entre su modo de sentir y el mío; lanza á veces quejas de dolor tan humano, que no puedo menos de admirar al poeta y de querer al hombre!

Sin embargo, mi pereza, mi eterna pereza, mi olímpica pereza, cuando tomaba yo la resolución de decir: *gracias*, me aconsejal a al oido:—No te apresures, ámale pero no le escribas. ¿Hay acaso necesidad de que interrumpas el plácido ensimismamiento, la inmóvil reconcentración, para que te enredes por ahí en una parrafada escrita al vuelo, incolora y fútil, trofaca de lugares comunes y de frases de *cliché?* ¿Es preciso que te muestres agradecido á un poeta que tal vez, como tú, se pasa las horas en meditaciones y soliloquios, y prefiere el silencio de la soledad al estridente repiqueteo de las conveniencias sociales? Sigue leyendo, ó rimando, ó descansando de la pesada y torpe labor diaria y no perturbes los callados monólogos de un poeta con las campanudas palabras de tu carta en proyecto.

Así pasó mucho tiempo: un año......quiá! más de un año: surciendo artículos de periódico, pensando en hacer versos, y recordando, cada vez que en alguna reunión literaria, se trataba del porvenir de la poesía americana, de las *Hojas del viento* de Julián del Casal.

Ayer descuidada é indiferentemente, paseábame por las afueras de la ciudad, de bracero con Pepe

Bustillos, el nervioso cantor de *la Noche buena*. El crepúsculo de la tarde enrojecía la cima de *La Dama Blanca*, tendida en su gran sarcófago azul.

El bosque de Chapultepec es muy hermoso en esta hora: hay *ahuehuetles* rumorosos, frondas que tamizan la luz, jardines cuajados de flores, aves que cantan, aguas que murmuran, y arriba, sobre la cumbre del cerro, el Castillo, delineándose con perfiles precisos, en el incendio del crepúsculo.

Allí leí *Nieve*, el nuevo libro de Casal.

Y he aquí la impresión que me produjo:

II

Un taller á media luz. La noche que ha comenzado á caer, va exfumando los colores de los lienzos. En los ángulos de los rincones ya el negro pebetero de la sombra ha borrado muchos contornos. En los fragmentos de obscuros tapices que cuelgan de los muros, ya palidecen las franjas de oro viejo, los caprichosos arabescos rojos y las grecas azules. El altar de la orfebrería que destaca sus masas en la penumbra, chispea en el fondo. Apenas se distinguen allí con líneas vagas, un vaso etrusco, una asa de ánfora griega, una placa metálica con extraños ornatos, un puño de espada, el cincelado trozo de un casco. Ya están próximos á dormir los colores. Pero aun quedan aleteando muchos reflejos bajo la techumbre de cristales. La luz no ha querido marcharse sin dar el último beso á los cuadros que parecen decirla ¡no te vayas!

De pronto, cuando levanté el gobelino de la puerta, con ademán rápido y mano inpaciente, ex-

perimenté la desagradable sensación de la obscuridad. Pero poco á poco, caminando con paso cauteloso, fuímo acostumbrando á las sombras. Algunos instantes después, los contornos fueron surgiendo, y los matices avivándose. Los lienzos se precisaron lentamente, las líneas fugitivas volvieron á unirse en la forma, y los tonos dispersos tornaron á manchar los dibujos. Era una milagrosa aparición en la penumbra: un paisaje obscuro, de follaje negro y lejanías siniestras; una marina glauca, de cielo nublado; un desnudo de mujer, de carne palpita te y rósea: la veste diáfana y brilladora de una musa. Y empecé, primero con indolente curiosidad, luego con vivo placer, y al fin con desbordado entusiasmo, á recorrer el estudio. El artista no estaba allí—frente al asiento de pieles, se erguía el caballete vacío, al pie del cual se tendía la paleta con grumos de pintura, y un haz de pinceles se desgranaba por el suelo—pero el alma se había quedado prendida de esos muros, animando los cuadros, palpitando en esas creaciones, saturando esa atmósfera.

Ah! sí: allí quedaban aprisionados los sueños y escondidos los dolores. Por arriba, volaban cogidas de la mano, como coro de ninfas, las esperanzas risueñas que cantaban; y por abajo, silenciosas y graves, como novicias en procesión, iban las tristezas.

El artista, en sus horas de amargura, trazó aquel titán encadenado; en sus momentos de placer, bosquejó aquella Primavera; en sus días de reflexión pintó aquella muerte de Moisés.

¡Qué mano tan vigorosa, qué espíritu tan poten-

te, qué poesía tan nuevo, qué imaginación tan radiante!

Primero están los grandes lienzos decorativos; algunos esbozados únicamente, con grandes rasgos, y dibujados con la violencia de la inspiración: un asunto bíblico, un gladiador agonizante en el circo: un grupo de Oceánides consolando á Prometeo.

¿Qué escena es aquella tan grandiosamente pintada? Es *La agonía de Petronio.* Oh! ved qué hermoso lienzo:

Tendido en la bañera de alabastro
Donde serpea el purpurino rastro
De la sangre que corre de sus venas,
Yace Petronio, el bardo decadente,
Mostrando coronada la ancha frente
De rosas, teberientos y azucenas.
Mientras los magistrados le interrogan
Sus jóvenes discípulos dialogan
O recitan sus dáctilos de oro,
Y al ver que aquellos en tropel se alejan,
Ante el maestro ensangrentado dejan
Caer las gotas de su amargo lloro.
Envueltas en sus peplos vaporosos
Y tendidos los cuerpos voluptuosos
En la muelle extensión de los triclinios,
Al rededor, sombrías y livianas,
Agrúpanse las bellas cortesanas
Que habitan del imperio en los dominios:
Desde el baño fragante en que aun respira,
El bardo pensativo las admira,
Fija en la más hermosa la mirada,
Y la demanda con arrullo tierno

La postrimera copa de falerno
Por sus marmóreas manos escanciada.
Apurando el licor hasta las heces,
Enciende las mortales palideces
Que obscurecían su viril semblante,
Y volviendo los ojos inflamados
A sus fieles discípulos amados
Les habla triste en el postrer instante.
Hasta que heló su voz mortal gemido,
Amarilleó su rostro consumido,
Frío sudor humedeció su frente,
Amoratáronse sus labios rojos,
Densa nube empañó sus claros ojos
Y el pensamiento abandonó su mente.
Y como se doblega el mustio nardo,
Dobló su cuello el moribundo bardo,
Libre por siempre de mortales penas,
Aspirando en su lánguida postura
Del agua perfumada la frescura
Y el olor de la sangre de sus venas

Adelante, en el ángulo entenebrido, atraen muchos pequeños cuadros de clásico helenismo: un *Hércules*, una *Venus*, una *Peri*, un *Júpiter*. Pero de éstos, sin duda el más bello, el más inspirado, es *Galatea*, Ved:

En el seno radioso de su gruta,
Alfombrada de anémonas marinas,
Verdes algas y ramas coralinas,
Galatea del sueño el bien disfruta.
Desde la orilla de dorada ruta
Donde baten las ondas cristalinas,
Salpicando de espumas diamantinas
El pico negro de la roca bruta,

Polifemo, extasiado ante el desnudo
Cuerpo gentil de la dormida diosa,
Olvida su fiereza, el vigor pierde
Y mientras permanece absorto y mudo,
Mirando aquella piel color de rosa
Incendia la lujuria sn ojo verde.

Y en el fondo, tres hermosos *cuadros de género* de marcado sabor español, finamente pintados á la Meissonier: una *Maja*, un *Torero* y un *Fraile.*

Contemplad la *Maja:*

Muerden su pelo negro, sedoso y rizo,
Los dientes nacarados de alta peineta,
Y surge de sus dedos la castañeta
Cual mariposa negra de entre el granizo;
Pañolón de manila, fondo pajizo,
Que á su talle ondulante firme sujeta
Echa reflejos de ámbar, rosa y violeta,
Moldeando de sus carnes todo el hechizo.
Cual tímidas palomas por el follaje,
Asoman sus chapines bajo su traje
Hecho de blondas negras y verde raso,
Y al choque de las copas de manzanilla
Riman con los tacones la seguidilla,
Perfumes enervantes dejando al paso.

Y por último, están los estudios, los bocetos, la colección desordenada de *cartones* en los que el artista ha dejado la huella de una impresión y ha retenido los pensamiento fugitivos.

Admirad un delicioso *croquis de flores:*

Mi corazón fué un vaso de alabastro
Donde creció, fragante y solitaria
Bajo el fulgor purísimo de un astro
Una azucena blanca: la plegaria.

Marchita ya esa flor de suave aroma,
Cual vírgen consumida por la anemia,
Hoy en mi corazon su tallo asoma
Una adelfa purpúrea: la blasfemia.

Y bién: después de tantas emociones estéticas, cansados, con el cansancio inefable de la dicha, de haber hecho un viaje por las altas esferas del Arte, reflexionemos:

III

Lo sabia yo desde que leí las *Hojas al viento*. Julian del Casal es un poeta francés que vive en la Habana, de la misma manera que Rubén Darío, es ave de paso en Costa Rica, y el *Duque Job* pasea entre nosotros la lumbre de su puro: por un fenómeno de alucinación. Nuestros sentidos nos engañan. Damos en creer que habitan con nosotros, que nos hablan, que nos escriben, que respiran en esta atmósfera limpia y pura de la América, que alzan la frente y admiran nuestras montañas, que inclinan la cabeza y se recrean en nuestras campiñas,

....do en ola ardiente
la luz estalla y se convierte en flores

como exclamó algún día Martín de la Guardia. Pero no, no es cierto: ellos están allá, en el intrincado laberinto de Paris, viendo correr el Sena, aspirando á plenos pulmones el aire de los Campos Eliseos, aturdidos con el rumor de las multitudes inquietas, mirando perfilarse en el horizonte *la gran torta de Sabolla*, como le llamó Victor Hugo á la cúpula de los Inválidos y los dos *inmensos clarinetes* de Nuestra Señora. Allá están recorriendo en banda alegre las torcidas callejas del *marais*,

admirando las vetusteces del barrio latino, *flaneando* por las ricas y ámplias avenidas de la ciudad nueva, por las plazas hormigueantes, por los *boulevards* henchidos, admirando por todas partes aquella magnífica decoración de la gran capital, cubierta toda ella de columnas, de monumentos, de arcos, multiforme y espléndida, desde las páginas arcaicas de sus viejos palacios y de sus rugosas iglesias, hasta esa nueva escala de Jacob de los sueños modernos: la Torre Eiffel.

Estos poetas de quienes nos figuramos ser amigos y compañeros, deben de sufrir mucho si acaso alguna vez se sienten vivos entre nosotros. Son árboles transplantados, que no pudiendo desprenderse de esta jugosa tierra, mandan á todas horas sus besos de perfume que el viento recoje de los floridos ramajes, para llevarlos al pié de los Alpes, donde se balancean, cantando inmortales canciones, los ausentes camaradas.

No, no viven aquí; no admiran nuestro cielo, no habitan bajo nuestro techo, no beben en nuestro vaso, no aman nuestras aspiraciones. Son perennes *misoneistas* artísticos, están enamorados de los sublimes ensueños que agitan la vieja alma de Europa. Pero no importa. ¡Cantad nostálgicos soñadores de la Francia, que vuestras estrofas tersas, delicadas y sutiles, son el brillante ropaje de esas melancolías vagas, de esas emociones indefinidas, de esos anhelos infinitos, de esas ánsias sin nombre que despiertan en todos los pensamientos y anidan en todos los espíritus! Cantad, que vuestros cantos son gritos del mismo naufragio de ideales en que se hunde la conciencia humana!

Julian del Casal se muestra en algunas composiciones, en algunas estancias, en algunos versos, un poeta enamorado de esa forma *parnasiana* que tiene la marmórea rigidez de la belleza plástica y que alcanzó la cumbre del Arte en el maravilloso Leconte de Lisle; pero otras veces, las más, poseido de la irritable nerviosidad de los *decadentes*, entra de lleno en esa encantadora locura poética donde el mundo real se transforma y los sentidos toman distintas facultades; donde la palabra no tiene sonido sino colores, y la armonía del verso, líneas; donde, el eco cxtraño de la rima misteriosamente sonora, se levanta, como á un conjuro cabalístico, una imágen exótica, indecisa, indefinible, pero reluciente y vívida, como la pedrería de los cuentos orientales; poesía que embriaga al sueño con ópio, para que el divino ébrio encuentre inusitadas analogías en todas las cosas y huya del mundo real arrebatado en el ala de una febril demencia.

El admirable autor de los *Poemas Saturninos* ha vertido en el alma de Casal el jugo de sus milagrosas adormideras, el mágico narcótico de la nieve roja y de los sueños de plata que hizo morir á Glatigny y aun hace llorar á Méndez.

Bien se conoce; Casal está pálido porque acaba de bajar á la obscura y profunda mina de donde Richepin volvió con sus *blasfemias* que se estremecen y deslumbran como palpitantes lingotes de oro, y el padre Baudelaire, el sublime alienado, arrancó á las rocas negras sus fantásticas y sangrientas flores.

Pero también François Copée y Sully Proud'home

me han conversado largamente con el joven poeta cubano, y le han enseñado muchas cosas nuevas y bellas, verdaderas y sanas.

Así es que, dulcemente reclamado por ellos, ha podido Casal tornar de sus excursiones al país de los neuróticos, con la imaginación fresca, el pensamiento robusto y la frase sencilla.

Y como el aire de la América, impregnado de arrobadoras fragancias, orea las sienes del joven poeta, cuando los versos abren las alas, se empapan en la frescura del ambiente, vuelan en nuestras risueñas campiñas, y curan sus decadentes tristezas bajo la serenidad de nuestro cielo.

Julián del Casal, una de las grandes esperanzas, ya casi hecha realidad, de nuestra literatura americana, se ha afiliado en la moderna escuela francesa, hija tal vez de una generación enferma de sensibilidad, que siente muy hondo y piensa muy alto.

Pero para mí, el poeta cubano no viene de allá; viene tal sólo de *la Poesía como de una patria lejana.*

Luis G. Urbina.



INDICE

Cromos Españoles.

Marfiles Viejos.

Págs.

La Gruta del Ensueño.

——o——